



La dama de la niebla **Carla Montero**

La dama de la niebla

Carla
Montero

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1708

Domingo, 8 de agosto

El ambiente era atronador. Quince automóviles de competición saturaban el aire con el rugido extrañamente agudo de sus motores, como el de un enjambre de millones de insectos. Rodaban a una velocidad de vértigo por aquel circuito que recorría las calles de Montecarlo y, a su paso, la multitud gritaba y vitoreaba con fervor. La intensa luz de la tarde se reflejaba en los edificios blancos, en el mar y en el asfalto, que brillaba como recién barnizado. Hacía un calor sofocante.

Anton Behra, al volante de su Verus B1, echó un vistazo al retrovisor. El morro de uno de los Maserati entraba y salía de su campo de visión, al acecho como un depredador de afilados colmillos. No podía permitir que le diera caza. Si no mantenía esa sexta posición al menos durante las primeras vueltas, perdería sus opciones de llegar al podio. Eso sería su fin.

Miró el velocímetro: ciento cuarenta kilómetros por hora. Ya iba al máximo en aquella pendiente llena de baches. Sin embargo, se arriesgó a retrasar la frenada. Solo cien metros lo separaban del final de la recta, pero podía hacerlo. Era un buen piloto, seguía siendo

el mejor. Mantuvo el pie a fondo en el acelerador. El coche vibró. Él mismo temblaba de pies a cabeza y estaba empapado en sudor; respiraba como un toro bravo y aun así le faltaba el aire. El corazón se le iba a salir por la boca, se encontraba muy mal, pero tenía que seguir rindiendo al máximo. La furia le sostenía. Estaba a punto de tomar la curva y circulaba a ciento sesenta kilómetros por hora; debía frenar ya o se empujaría contra el edificio. Quiso apurar un segundo más. Entonces se le nubló la vista.

Tuvo aún un breve destello de consciencia en el que vio la carretera retorcerse y el edificio en chaflán que se le venía encima. Sacudió la cabeza, apretó los dientes y hundió el pie en el freno. Embragó y metió primera. Los neumáticos chirriaron. Giró el volante y consiguió salir de la curva. Pasó tan cerca del muro que hubiera podido tocarlo con la mano.

No podía creérselo. Había estado a punto de matarse. Había recuperado el control del coche y de sus sentidos en el último instante. Le sobrevino una arcada, pero ya no le quedaba en el estómago nada que vomitar. El olor a gasolina y a goma quemada le ponía las tripas del revés, algo que nunca le había pasado. Se aferró al volante y fue trazando aquel tramo endemoniado del circuito con una terrible sensación de mareo: la curva de Mirabeau, la horquilla de la estación, la curva Portier. Al fondo, el brillo intenso del sol en el mar le hizo daño en las pupilas dilatadas. El rostro le chorreaba de sudor y le dolían todos los músculos del cuerpo con cada volantazo, con cada bandazo que lo sacudía dentro de la cabina. Metió segunda, tercera, cuarta, volvió a pisar el ace-

lerador después de Portier, a lo largo del bulevar de Luis II.

Ese jodido Maserati le había alcanzado. Vio cómo le metía el morro buscando un hueco para adelantarle y le cerró el paso. Por todos los diablos... El estómago le dolía a rabiar y la bilis le amargaba la boca. Le pesaban los párpados. Le costaba fijar la vista en la carretera: la entrada del túnel parecía desdoblarse y bailar ante sus ojos. Parpadeó y se pasó la mano por los anteojos empañados. ¿Qué coño le estaba pasando?

Sintió un fuerte pinchazo en el estómago; se le cortó la respiración. Soltó una mano del volante y se apretó el abdomen. Levantó el pie del acelerador. El Maserati lo rebasó antes de entrar al túnel.

Anton Behra gritó rabioso una maldición, que era a la vez de dolor y de cólera. Tenía la sensación de que echaba espuma por la boca cuando volvió a sujetar el volante y a hundir el pie en el acelerador. Se iba a comer a ese maldito hijo de puta en la próxima recta, en cuanto saliese del túnel Larvotto. Por Satanás que se lo comería. Le arrancaría la jodida pintura cuando lo rebasara. Si no antes de la chicane, después. El dolor seguía abrasándole el estómago y el aire no le llegaba a los pulmones, pero Behra no dejaría que esas sensaciones lo dominaran: aprovecharía la rabia y la ira para salir adelante y conducir como el campeón que seguía siendo.

El Verus B1 de color púrpura, con el número 15 en el lateral, se dirigió a la chicane del puerto a la espeluznante velocidad de ciento ochenta kilómetros por hora. Su piloto frenó de golpe. Las ruedas chirriaron y dejaron en el asfalto un par de rodadas ne-

gras y humeantes que desprendieron un olor acre al aire. Pero no giró.

Un grito de espanto recorrió las gradas cuando el bólido se fue derecho contras las protecciones, rebotó, cruzó la pista echando chispas y se estampó contra los muretes del puerto. El impacto fue tan brutal que el automóvil salió despedido dando vueltas de campana entre sonidos de hierros retorcidos y cristales rotos, hasta que, con un golpe seco que puso los pelos de punta, aterrizó de costado contra el asfalto. Entonces, una violenta explosión lo envolvió en una gran bola de fuego. Las llamas devoraron el cuerpo de Anton Behra, que, atrapado en la cabina, ardió en cuestión de segundos sin que nadie pudiera ni siquiera acercarse a aquel infierno.

Martes, 10 de agosto

Los muelles del puerto de Hércules mostraban una extraña calma después del bullicio y la tensión del fin de semana. Solo se escuchaba el golpeteo de las aguas tranquilas contra el dique y los cascos de los yates que permanecían atracados, la conversación a media voz de unos pescadores que organizaban los aparejos antes de salir a faenar y la lejana algarabía de unos chavales que se zambullían en el mar desde un pantalán.

A primera hora de la tarde, poco después del almuerzo, caía un sol de justicia sobre las calles y la gente parecía haberse refugiado en las terrazas y los jardines o en cualquier espacio interior que asegurara una buena sombra y algo de aire fresco.

No obstante, la ciudad no tardaría mucho en recuperar su espíritu festivo. En aquella época del año, la capital del Principado de Mónaco era un hervidero de glamur y ostentación, pues se trataba de uno de los destinos de veraneo favorito de los ricos y poderosos. En cuanto empezase a ponerse el sol regresarían los modelos de alta costura a sus bulevares, las veladas refinadas a sus villas y hoteles de cinco estre-

llas, los automóviles de lujo a sus carreteras y el champán a todas partes. A los ricos se les daba bien sobreponerse a la tragedia. Con el bolsillo repleto de billetes era más fácil olvidar.

Eso pensaba Jules Lafont, quien ni mucho menos era rico. Si lo hubiera sido, no habría estado asándose de calor a la hora de la siesta.

Olfateó el aire denso: olía a brea y pescado. Se quitó el sombrero y se secó la frente con su pañuelo. Resopló mientras devolvía aquel pedazo de tela ya casi empapado al bolsillo del pantalón. Odiaba el verano. Odiaba el calor. Atravesó el muelle arrastrando el paso; la chaqueta, arrugada bajo el brazo. Sopesó si ponérsela para su visita, pero enseguida desestimó la idea. No era un hombre al que le preocupase demasiado el protocolo, y menos cuando la suya era una visita de trabajo y no de cortesía. Si aquellos ricachones se ofendían por su aspecto, peor para ellos. No estaba allí para complacerlos.

Se detuvo un instante al comprobar que, desde donde se hallaba, casi al borde del yate al que se dirigía, se divisaba, a pocos metros, el lugar del accidente: después de la salida del túnel de Larvotto, al final de la recta paralela al mar que terminaba en una pronunciada curva. Esa curva... Aún era visible el estremecedor residuo negro de hollín y grasa que había dejado el automóvil en llamas.

Con un gruñido y un gesto de fatalidad se volvió finalmente hacia la embarcación, que lo aguardaba con un ligero bamboleo tras el muelle. Era bonita. Más de veinte metros de eslora, el casco blanco, la cubierta de madera oscura. Bandera francesa y el

poco original nombre de Liberté. Un toldo en la popa ofrecía una conveniente sombra a un conjunto de mesa y sillas de mimbre con almohadones de rayas azules y blancas. Sentado en una de ellas, de espaldas al muelle, un hombre joven escuchaba la música de un gramófono con un vaso de licor en la mano y, sobre las rodillas, un periódico abierto que no leía, pues su vista se perdía al frente, en el mar. En un cenicero humeaba una colilla encendida.

—*Bon après-midi, monsieur* —saludó Lafont desde tierra.

El joven se volvió confundido, como si acabara de despertarse, y el periódico se le cayó de las rodillas; con movimientos atropellados, dejó el vaso en la mesa y se apresuró a recogerlo. Con él en la mano, se puso en pie al tiempo que se alzaba las gafas sobre el puente de la nariz. Era alto. Vestía unos pantalones blancos y una de esas camisas de manga corta con dos botones en el cuello que llevaban los tenistas y que parecían gustar mucho a los jóvenes. La delgada tela se pegaba a su torso, de musculatura bien definida. Lafont pensó que, a pesar de lo informal de su atuendo y de ir descalzo, parecía mucho más elegante que él con su traje barato, arrugado y lleno de brillos. Era por el porte, aristocrático y distinguido, con su bigote fino y esas gafas de montura de concha que le daban aspecto de ilustrado. Y el tipo no sudaba ni una gota.

El joven apagó el gramófono y la música moderna americana que, en opinión del inspector, carecía de armonía, dejó de sonar.

—Buenas tardes... ¿Puedo ayudarle? —le res-

pondió en un perfecto francés con apenas un ligero acento.

—Busco a madame Behra. Tengo entendido que se aloja en este barco.

—Sí... Eh... Sí... ¿Quién pregunta por ella?

Lafont sacó su placa del bolsillo de la camisa.

—Policía judicial. *Sûreté Publique*.

El joven vaciló de nuevo, mostrando el mismo rictus de alarma que todo el mundo ante su placa.

—Tengo que hacerle unas preguntas —insistió Lafont—. Sobre la muerte de monsieur Behra.

—Ya... Está descansando. ¿Tiene que ser ahora?

Lafont solo tuvo que cambiar el gesto para que el otro comprendiese.

—Sí... Claro... Ahora. ¿Puede...? ¿Puede usted subir al barco o...?

El joven no había terminado la frase y el orondo policía ya se aventuraba a la pasarela que comunicaba el muelle con la popa del yate preguntándose si aquel endeble madero soportaría su peso. No tenía ganas de averiguarlo, así que lo atravesó en un par de pasos rápidos y saltó, aunque con escaso estilo, a la cubierta, aterrizando como si fuera un tentetieso. Se agarró al palo del toldo para no caerse y evitar, de paso, que aquel jovenzuelo que ya le echaba los brazos tuviera que sostenerlo, lo cual le habría resultado verdaderamente humillante.

—¿Desea sentarse? Monsieur...

—Lafont. Inspector Lafont. ¿Y usted es?

—Eduardo de Aranzana.

El joven hizo ademán de estrecharle la mano,

pero intuyó que se quedaría con ella en el aire y se la llevó al bolsillo.

—Usted también corre en esos cacharros, ¿verdad?

—A veces, por diversión, aunque no soy piloto profesional.

—Me vale. Aprovecharé para charlar con usted también.

El español no pareció entusiasmado con la idea del inspector.

—Bueno, yo... Corrí el sábado. Participé en la Copa del Príncipe Rainiero, la de turismos. Anton... Monsieur Behra corrió el domingo, en la categoría superior.

—Lo sé. Abandonó usted la carrera en la quinta vuelta.

Una de las cosas que hacía bien el inspector Lafont era prepararse a fondo los interrogatorios. El día anterior había estado estudiando a conciencia las listas de participantes en el gran premio del fin de semana y recopilando información sobre ellos.

—Tuve un problema con la bomba de gasolina.

—Ya. La cuestión es que usted conocía a monsieur Behra, ¿no es cierto? También me hará falta su testimonio.

—Pero es que su muerte no... Quiero decir que ha sido un accidente, ¿verdad? Estas cosas ocurren, por desgracia.

—Eso es lo que tratamos de averiguar, monsieur De Aranzana, eso es lo que tratamos de averiguar. Vaya a buscar a madame, si es tan amable.

—Sí, por supuesto.

El joven, con el ademán de un colegial obediente, desapareció por una puerta hacia el interior del yate. Demasiado refinado, juzgó Lafont. A menudo a esos ricos se les iba la mano con los buenos modales y parecían damiselas de la corte. Y caminar descalzo como una campesina... Así se movía. En opinión del inspector, no era cosa de hombres enseñar los pies.

Una vez solo, el policía aprovechó para descubrirse la cabeza. Como el pañuelo estaba empapado, optó por secarse el sudor con la manga de la chaqueta. Después dejó el sombrero mojado y la americana, que estaba hecha un guiñapo, sobre uno de los sillones. Se apoyó en la barandilla. No le gustaba sentir que el suelo se movía bajo sus pies: solo le faltaba marearse en un maldito barco atracado. Agradeció un instante de brisa que se coló por el entoldado y le refrescó la nuca, aunque eso no le calmaría la sed. Miró con anhelo el vaso de licor que el español había dejado sobre la mesa.

Mientras sopesaba si darle un sorbo a escondidas, apareció el susodicho.

—Enseguida se nos une Mi... Madame. ¿Puedo ofrecerle algo de beber entretanto? ¿Agua...?, ¿limonada, tal vez...?

—¿Qué bebe usted?

El joven miró el vaso como si no lo recordara.

—¿Coñac?

—Coñac, sea. Doble y con hielo. La tarde está calurosa.

Había un mueble bar convenientemente a mano. Eso era una de las cosas que Lafont admiraba de esa gente: sabía cómo hacerse la vida más fácil.

Eduardo de Aranzana no había terminado de preparar la bebida cuando madame Behra emergió del interior del yate por unas escaleras.

—Inspector —dijo tendiéndole una mano que él estrechó brevemente.

—Buenas tardes, madame. Lamento la intromisión. Procuraré no robarle mucho tiempo.

—Lo que necesite. Pero siéntese, por favor.

Lafont hubiera preferido permanecer de pie como muestra de la brevedad y la autoridad de su visita. La actitud era importante. Sin embargo, se sorprendió haciendo lo que ella le decía. Se acomodaron el uno frente al otro; el sillón de mimbre crujió escandalosamente bajo el peso del policía. Casi al tiempo, llegaron las bebidas: el coñac que él había pedido y lo que parecía limonada para la mujer. Lafont tomó nota de cómo el español se había anticipado a los deseos de la dama y de cómo esta recibía el vaso con una suave sonrisa y se lo agradecía con una caricia en el antebrazo.

Si bien no había dejado de observar a la mujer desde que apareciera en cubierta, aprovechó para examinarla con más detalle mientras bebían. Era cierto que había visto algunas fotografías de madame en la prensa, pues era bastante popular en el mundillo del automóvil y de la publicidad, pero, desde luego, no le hacían justicia.

Era joven, mucho más de lo que había esperado a la vista de aquellas imágenes donde aparecía maquillada en exceso y peinada de manera artificiosa. Teniendo en cuenta, además, que su difunto esposo pasaba de los cuarenta, el policía hubiera esperado una mujer bas-

tante más madura. Aquella haría poco que habría cumplido los veinticinco, como mucho. Era hermosa, como ya sabía por las fotos; sin embargo, al natural no resultaba una belleza explosiva; sino al contrario, más bien discreta, de rasgos delicados salvo por unos grandes ojos del color de la miel y la forma de las almendras que le iluminaban el rostro entero. En ese momento, estaban algo irritados y rodeados de unas profundas ojeras. Falta de sueño o abundancia de llanto, concluyó el policía. Ambos, quizá. Su aspecto aquella tarde era sencillo, más que cuando posaba en una fiesta de sociedad o sobre el capó de un automóvil de lujo o sosteniendo un perfume, luciendo un traje de baño o recomendando unas pastillas para la tos. El cabello, un poco más oscuro que los ojos, le caía en ondas a la altura de un mentón bien definido. No llevaba maquillaje, solo las uñas esmaltadas de rojo. Vestía pantalones negros y una vaporosa blusa del mismo color, que parecía flotar sobre su torso esbelto; un busto turgente se insinuaba al final de unos cuantos, demasiados, botones desabrochados. Al inspector le pareció aquel un luto extraño, en exceso moderno. No se había engalanado con ninguna joya, ni siquiera la alianza de casada.

Pero lo que más llamó la atención del policía fue el considerable hematoma que tenía en la sien, cerca del ojo derecho.

—Lamento su pérdida, madame Behra.

La joven agradeció el pésame con un movimiento de cabeza, pero habló para corregirle.

—Kovac. Mila Kovac. Nunca uso el apellido de mi esposo. Para evitar confusiones cuando competimos juntos. Competíamos...

—Sí. Ya he visto que usted también figura en el listado de pilotos. No es que haya muchas mujeres conduciendo.

—Somos bastantes, no crea, aunque depende de las competiciones. Las hay que son exclusivas para mujeres, pero algunas preferimos participar en las mismas que los hombres.

—Usted formaba equipo con su esposo...

—A veces. Sobre todo en ralis y carreras de resistencia.

—Ah, sí, como las 24 Horas de Le Mans, ¿no?

—Sí, Le Mans es una de las pruebas que corríamos en equipo. En los grandes premios nos hemos turnado al volante cuando Anton no ha podido correr. Pero, por lo general, es él quien pilota el coche.

—Como fue el caso del domingo.

—Así es. La tarde anterior yo corrí la Copa del Príncipe Rainiero.

Había quedado tercera, lo que, en opinión del inspector, era una marca sorprendentemente buena para ser una mujer. Sobre todo, porque había dejado detrás a un montón de hombres; entre otros, a ese Eduardo de Aranzana que ahora se mostraba tan solícito con ella, todo gestos de afecto y consuelo. También había superado a su eterna rival, Vivi Nîmes, la estrella femenina del momento. Al inspector Lafont le costaba creer que aquella dulce criatura que tenía enfrente se comportara con la agresividad de una fiera en la pista de carreras. Y, en cualquier caso, ese asunto de las mujeres al volante le parecía bastante indecoroso. ¿Qué se les había perdido a ellas entre mecánicos y aventureros, lejos de sus ho-

gares y jugándose la vida sin necesidad? No, no era decente. No deberían permitirlo.

—Kovac no es un apellido francés —cambió de tema.

—Disculpe, pero ¿qué tiene que ver eso con la muerte de Anton?

El español, que se había acomodado al lado de la joven, saltó en actitud protectora, arrogándose un papel que la mujer enseguida mostró que no le había concedido.

—No, no lo es —se apresuró en responder ella al policía—, es húngaro. Mis padres eran emigrantes: se marcharon de Budapest cuando se instaló la república soviética en el país. Pero yo tengo pasaporte francés, puedo enseñárselo.

Al inspector empezaba a gustarle aquella mujer. Su discurso, su actitud y su mirada transmitían un carácter que desmentía la aparente fragilidad de su aspecto. Hacía apenas un par de días que acababa de perder a su marido y, sin embargo, ni su voz había temblado ni las lágrimas habían asomado a sus ojos. Cualquier viuda que quisiera mostrarse doliente habría interpretado el numerito del sentido duelo de un modo escandaloso. Ella no. Su tristeza quedaba patente sin dramas.

—No será necesario que me lo enseñe, madame. Como bien ha apuntado el caballero, mi pregunta no tiene que ver con la investigación, era solo curiosidad.

El aludido, lejos de aplacar su ímpetu, volvió a ponerse a la defensiva:

—Y a propósito de esa investigación... ¿Por qué?

¿Por qué interviene la policía en lo que es un desgraciado lance de carrera?

A Lafont le pareció que, en presencia de la chica, aquel joven Quijote, que al principio se había mostrado apocado y vacilante, se veía en la obligación de sacar pecho.

—Tal vez. Tal vez lo sea —concedió—. Sin embargo, los organizadores del gran premio no parecen estar tan seguros de ello como usted, monsieur. En su investigación preliminar del accidente han descubierto algunas anomalías que se han visto en el deber de denunciar ante el juez, quien, por su parte, ha decidido abrir diligencias. Pero, oiga, igual se acaba por demostrar que no ha sido más que... ¿Cómo ha dicho? ¿Un lance de carrera? Ojalá... Será mucho mejor para todos. Mucho mejor para todos.

—Anton no giró —interrumpió ella con la mirada perdida, como si pensara en voz alta—. No giró al entrar en la chicane.

—¿Se refiere a la curva?

—Tendría que haber girado para tomarla, pero no lo hizo.

—¿Usted lo vio?

—No, pero mucha gente sí, y no se habla de otra cosa. Y también de las marcas de los neumáticos en el asfalto: parece ser que clavó los frenos, pero aun así se fue derecho contra las protecciones.

En esas protecciones, el piloto había perdido el control del coche, que había salido disparado contra los muretes del puerto, había dado dos vueltas de campana y, tras aterrizar de lado en la pista, había ardido. Eso decía el informe de la investigación.

—No lo comentan delante de mí, claro —prosiguió ella—. No quieren hablar de ello para no afligirme, pero... —añadió, posando cariñosamente la mano sobre la rodilla del joven Aranzana—. Disculpe si Eduardo se muestra un poco brusco. Él, como los demás, solo quiere protegerme —dijo dedicándole una sonrisa triste, que el otro le devolvió mientras le estrechaba la mano.

—¿Protegerla de qué?

—De una verdad dolorosa: de que... quizá yo haya tenido la culpa.

El policía levantó una ceja, la máxima expresión que se permitía durante los interrogatorios. La joven se incorporó, dirigiéndose hacia una caja metálica que había sobre la mesa; la abrió y le ofreció un cigarrillo al inspector. Él declinó su invitación con un gesto; en su lugar, bebió un trago de coñac y prosiguió con el interrogatorio.

—¿La culpa?

El español le encendió el pitillo a la mujer. Después hizo lo propio con el suyo. Madame Kovac dio una calada antes de responder y el inspector apreció un ligero temblor en la mano que sujetaba el cigarrillo.

—Le dije que no corriera, pero no quiso hacerme caso. Tendría que haber insistido, debería habérselo impedido. Discutimos... —dijo soltando una bocanada de humo. Su mirada era huidiza, tanto que Lafont no conseguía que hubiera contacto—. Por eso yo no estaba en los *pits* y no vi el accidente, porque me había quedado en el barco. Estaba tan enfadada con Anton después de haber discutido que

no quise ni ir a verle correr. Y ahora él... —Se mordió los labios.

—¿Por qué su esposo no tendría que haber corrido?

—Porque no se encontraba bien. Había comido algo que le había sentado mal y se había intoxicado. Las horas previas a la prueba se las había pasado vomitando, pero estaba tan empeñado en correr esa maldita carrera que...

—¿Y había algún motivo especial para que no quisiera perdersela?

La joven volvió a fumar. Caladas cortas, nerviosas. Seguía sin dirigirle la mirada.

—Mila, no tienes por qué... —intervino Aranzana, quien después se encaró con el inspector—. Oiga, creo que ya es suficiente. Si desea continuar con este interrogatorio, que sea con una orden judicial y en presencia de un abogado.

—Pero, monsieur, no hay que ponerse así —sonrió Lafont con condescendencia—. Esto no es un interrogatorio, es solo una charla, y madame no está acusada de nada. No está obligada a responderme si no lo desea.

—Bien. ¡Bien!... Ya lo has oído, Mila. No respondas.

La joven aplastó la colilla contra el cenicero. Se frotó las manos y se quedó observándolas como si buscase algún fragmento desconchado en la laca de uñas.

—Anton estaba en la ruina —reveló, ignorando la advertencia del español—. Desde hace años sus negocios no iban bien y tenía muchas deudas, aun-

que desconozco los detalles, no me los contaba. Lo que sí sé es que había confiado su recuperación económica al Verus. Él mismo lo había diseñado y construido, y, sinceramente, era un buen coche.

—¿Tan bueno como para ganar todas las carreras?

—No. Ganar es muy difícil mientras corran las flechas de plata, pero basta con quedar entre los tres primeros para llevarse un buen pellizco en premios al final de la temporada. También se puede ingresar por patrocinios y publicidad. Hubiera sido suficiente para cubrir algo de la deuda y seguir adelante. Eso decía él.

—Entonces, madame, según usted, el accidente de su marido se produjo porque se sintió indispuesto al volante, ¿cierto?

—No puedo asegurarlo, claro, pero sabiendo las condiciones tan penosas en las que corrió y cómo, según cuentan los testigos, el coche se comportó como si no llevase a nadie al volante, me parece lo más probable.

—¿No pudo deberse a un fallo mecánico?

—Sí, claro que pudo deberse a un fallo mecánico, eso siempre es posible, pero Anton era muy concienzudo revisando el coche antes de las carreras, y Philippe aún lo es más.

El inspector supo que la joven se refería a Philippe Boucher, el mecánico del equipo, quien también estaba en la lista de testigos que quería interrogar, aunque todavía no lo había hecho.

—Yo no soy un experto en automóviles, madame, pero me imagino que por mucho que se revisen siempre cabe la posibilidad de que fallen.

La mujer levantó la vista y la fijó en algún lugar del horizonte marino. Asintió despacio.

—Ojalá se demuestre que fue así. Si resulta ser culpa de la máquina, yo me quitaré un peso de encima.

El policía se sorprendió contemplando ensimismado el perfil de madame Kovac. Sacudió levemente la cabeza y retomó el interrogatorio.

—Y, dígame, ¿hay alguien que pudiera tener interés en que monsieur Behra no terminase la carrera del domingo?

—Sus acreedores no, desde luego. Y si está pensando en mí, créame que la ruina de Anton es también la mía. No tenía ningún seguro del que yo pudiera beneficiarme.

Lafont apuró su bebida. Si bien sería absurdo por parte de ella mentir en lo del seguro, tendría que comprobarlo.

—¿Tenía su esposo muchos enemigos?

—Claro que sí. Alguno, al menos. No se llega a donde había llegado Anton sin hacer enemigos por el camino: en los negocios, en las carreras... Ambos mundos son muy competitivos. Y Anton es..., era, muy ambicioso y poco escrupuloso. Mire, no sé con cuántas personas habrá hablado ya, pero tarde o temprano acabará por descubrir que mi esposo no era un hombre muy popular. Ahora bien, si lo que quiere es que le señale a alguien que le odiase tanto como para querer matarle... No sé, me cuesta creer que lo hubiera.

—Me gustaría hacerle una pregunta personal, madame. Respóndala solo si quiere, claro, no se nos vaya a enfadar su amigo. ¿Era usted feliz en su matrimonio?

Tal y como había anticipado el inspector, Eduardo de Aranzana se revolvió en el asiento con un ostentoso crujido de mimbres.

—¡Por el amor de Dios! ¡Esto es intolerable! Mila, no contestes a eso.

De nuevo, la joven demostró tener voluntad propia. Por primera vez, miró fijamente a Lafont con aquellos ojos que eran un universo.

—No se nos podía considerar un matrimonio ideal, por así decirlo. Ni siquiera convencional. Quizá sí al principio, pero fue una luna de miel que solo duró seis meses. Después...

—¿Qué ocurrió?

—A ninguna mujer le gusta no ser la prioridad de su marido, y Anton había antepuesto muchas cosas a mí: sus empresas, sus automóviles, sus aficiones... También sé que había otras mujeres, aunque claro que tampoco ellas eran una prioridad para él. Ni siquiera creo que fueran más importantes que yo. Pero las había. Yo me llevaba muchos disgustos, discutíamos constantemente... Al menos al principio; después una se acostumbra.

—Conozco mujeres que se han divorciado por menos. ¿No es usted partidaria del divorcio, madame?

—No estoy en contra. De hecho, pensé en pedirle el divorcio muchas veces... Pero al final... Llegué a la conclusión de que me compensaba estar casada con él. Anton me trataba bien, me consentía todos los caprichos, me daba libertad para hacer lo que quisiera. No me censuraba, no me dominaba. Eso no es algo que se pueda decir de mu-

chos hombres. Algunos cobran un precio demasiado alto por su amor. Anton, no. Él me quería a su manera: no daba demasiado, pero tampoco pedía demasiado. Habíamos alcanzado un buen compromiso.

—Y usted, ¿tenía alguna aventura?

—No —respondió tajante—, no me interesan las aventuras. Ya ve que no soy una persona muy romántica.

—Escuche, inspector —intervino de nuevo el español—, creo que madame ya ha sido muy paciente con todo esto. Está claro que, en el peor de los casos, monsieur Behra se desvaneció al volante a causa de su estado. No hay por qué buscarle tres pies al gato, y menos a costa de la reputación de su esposa.

El inspector iba a decir algo, pero finalmente se arrepintió. Aquel español sabelotodo no merecía ninguna réplica. Dejó el vaso en la mesa y procedió a dar por concluida la visita.

—Muy bien, madame. —Se puso en pie trabajosamente, como si su abultado cuerpo hubiera quedado encajado entre los reposabrazos del sillón—. Le agradezco su sinceridad y su tiempo. No volveré a molestarla, de momento.

Kovac y Aranzana también se levantaron de sus asientos y, mientras el policía recogía su sombrero y su chaqueta, la mujer le preguntó:

—¿Sabe usted cuándo me entregarán el cadáver de mi marido? Me gustaría poder celebrar el entierro y el funeral y terminar de una vez con... todo esto.

El español le acarició la espalda.

—En cuanto el forense termine la autopsia, madame. Me temo que aún se demorará unos días más, pero veré si puedo hacer algo para agilizarlo.

—Muchas gracias, inspector. Es usted muy amable.

Jules Lafont se caló el sombrero y se dispuso a marcharse, pero antes de darse media vuelta recordó que se dejaba algo en el tintero.

—Permítame una última pregunta, madame: ¿cómo se ha hecho ese hematoma que tiene en la cara?

—Me resbalé al salir de la bañera.

—Sí, esas cosas pasan... Bien, lo dicho: muchas gracias y buenas tardes.

Jules Lafont atravesó vacilante la cubierta del yate y la pasarela. Estaba deseando volver a tierra firme. Sentía la cabeza acorchada, como si más que un vaso de coñac se hubiera bebido media botella. Desde luego, en caso de tener que interrogar otra vez a madame Kovac, algo que no descartaba, lo haría en la comisaría, sobre suelo firme.

Aquella mujer le intrigaba. A lo largo de su vida, tanto dentro como fuera de su profesión, había conocido a muchas viudas, y si había algo que se les suponía era su profundo pesar. Por eso la que no lo sentía de corazón lo fingía: era lo que se esperaba de ella. Ahora bien, aunque no estaba seguro de que madame Behra lo sintiera, no le cabía la menor duda de que en ningún momento se había molestado en fingirlo. Solo se había molestado en parecer sincera. Sincera hasta para eso. Y el policía se preguntaba por qué.

Por otro lado, la joven le gustaba, le caía bien. «La condenada es una seductora de primera sin pretenderlo —pensó Lafont—. O sin parecerlo, al menos.»

Antes de abandonar el muelle, Jules Lafont se volvió a echar un último vistazo al Liberté. Eduardo de Aranzana y Mila Kovac se sujetaban las manos frente a frente, muy cerca uno del otro. Entonces, ella apoyó la cabeza en el pecho de él, quien la rodeó a su vez con los brazos.

No, la joven no había sido del todo sincera, porque era evidente que aquellos dos tenían una aventura. Pero ¿por qué no hacían nada por ocultarla? ¿Por qué madame contradecía sus propias palabras con aquellos gestos tan obvios? Sí, definitivamente, ella le intrigaba. Le intrigaba mucho.

Eduardo de Aranzana esperó a que ese policía se hubiera alejado de su yate para protestar con un resoplido:

—¡Por el amor de Dios! ¡Pensé que no se iba a ir nunca!

Habló en español, como siempre que estaban a solas. Mila decía que no quería olvidarlo. Se volvió hacia ella y se alarmó al ver su semblante pálido y sombrío. Se acercó y, con un gesto cariñoso, le recogió un mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿Estás bien?

Mila no supo qué responder. Aparte de esas constantes ganas de vomitar que tenía desde la muerte de Anton, se sentía vacía, como si el mundo se moviera

a su alrededor y ella permaneciera paralizada, incapaz de pensar en qué hacer o qué decir más allá del segundo siguiente. Pero ¿cómo explicarle eso a Dudu?

—Sí. —Fingió una sonrisa.

El joven cogió el vaso de limonada y se lo ofreció.

—Ni la has probado, y con este calor vas a deshidratarte. Anda, bebe un poco.

Ella le obedeció como un autómatas, pero apenas dio un par de sorbos antes de devolverlo a la mesa. Eduardo la tomó de las manos.

—¿Por qué no regresas a la cama e intentas descansar?

—No, ahora no podría. Estaría dándole vueltas todo el rato a la conversación con ese policía.

—Ya... Se ha comportado con muy poca consideración, la verdad, y tú... Bueno... ¿No crees que has sido demasiado sincera con él?

—Solo le he contado lo que tarde o temprano habría acabado por averiguar. Si le hubiera mentido, la mentira se habría vuelto en mi contra.

—Lo entiendo, pero... Hay que tener cuidado, esos tipos solo quieren a alguien a quien cargar con la culpa. No hay que ponérselo fácil.

La joven se encogió de hombros.

—¿Y qué más daría ya? Anton está muerto y yo no sé qué voy a hacer con mi vida.

—No digas eso, *ma chérie*. Precisamente ahora es cuando puedes recuperar tu vida. Y yo estaré a tu lado siempre que me necesites.

Mila le dedicó una mirada llena de ternura y

agradecimiento. Agotada, apoyó la cabeza en su pecho y se refugió en el abrazo que le ofrecía.

—Ojalá nunca te hubieras casado con ese hombre —murmuró Dudu con la barbilla apoyada en su coronilla.

—Ojalá nunca hubiera tenido que hacerlo. Ojalá.